

Argentina

2. UN SALVAVIDAS LLAMADO ALFONSIN

Amílcar González

El bote se hundía lentamente. Los sobrevivientes estaban desesperados. Habían confiado en el fatalismo que negaba las catástrofes y en las apelaciones litúrgicas que garantizaban el paraíso, pero igualmente se hundían. El gran piloto que conducía a los navegantes por aguas procelosas sin conocer los naufragios, no estaba; la mayoría de sus discípulos habían cambiado el riesgoso lugar junto al timón por la muelle comodidad de las oficinas. Muchos habían desaparecido —presuntamente para siempre— y casi nadie se ocupaba de ellos. Se padecían necesidades extremas, incluso el hambre. Por eso, cuando otro piloto —inferior aunque sagaz y afortunado— pasó por allí, fresco y animoso, los naufragos se aferraron a su mano como si fuera un salvavidas, para escapar del abismo que amenazaba tragarlos.

Algo parecido ocurrió en la Argentina el 30 de octubre pasado cuando el candidato de la Unión Cívica Radical logró convencer a buena parte de un electorado golpeado por terribles calamidades, que él podía ser ese salvavidas que necesitaba. Raúl Alfonsín ganaba así las primeras elecciones realizadas en diez años, derrotaba limpiamente al partido Justicialista y se instalaba como protagonista de un proceso que abre las puertas a la democracia.

En medio de las antinomias políticas más rígidas, algunos sufrieron y otros gozaron; pero todos celebraron el cambio que los libraba de la opresión y les devolvía la capacidad para decidir su destino. Sin embargo, el triunfo de la UCR fue menos espectacular que la quiebra sufrida por el hasta entonces inalcanzable peronismo cuyo candidato, Italo Lúder, se quedó sin ocupar el sillón presidencial que ya consideraba suyo. La sorpresa y el desaliento visitaron las filas del movimiento fundado por Juan Domingo Perón cuando, el día 31, empezó a materializarse lo que hasta entonces pertenecía al territorio de la fantasía: una auténtica derrota electoral.

BANDERAS EN EL POLVO

De un día para otro los peronistas conocieron que la tan ansiada democra-

cia —esperada durante siete largos y difíciles años— podía tener gusto a fracaso. El triunfalismo y cierto tono de soberbia desaparecieron; ni la percusiva ceremonia del bombo ni las apelaciones taumatúrgicas al olímpico justicialista pudieron evitar la catástrofe. El peronismo acusó el impacto de la ausencia de su líder carismático y, al mismo tiempo, fue víctima de la confianza irracional en un determinismo que la realidad negaba en forma inapelable.

Eva Perón lo había pronosticado: “El peronismo será revolucionario o no será”; y Perón antes de morir dejaba un mensaje esotérico, en su estilo de hombre más allá del bien y del mal: “Mi único heredero es el pueblo”. Ni el programa ni los dirigentes estuvieron a la altura de la responsabilidad de un movimiento que doctrinariamente aspira a transformar la sociedad y producir una revolución integral. Tal vez el mensaje de Perón contemplaba la necesidad de este descenso a los infiernos para renacer con una visión totalizadora, una doctrina actualizada y un compromiso real con las consignas populares. Evidentemente, nada de esto se reflejaba en la propuesta opaca de Italo Lúder, en el mutismo de Isabel Perón —que prefirió permanecer en su letargo europeo antes que asumir la conducción y el liderazgo—, el temor que inspiraba un sector de la dirigencia sindical y la falta de garantías que sí, hábilmente, supo ofertar Alfonsín.

Las banderas que hicieron fuerte al peronismo —tercera posición, anti-imperialismo, crítica al capitalismo y protagonismo revolucionario de la clase trabajadora como columna vertebral de los procesos de cambio— cayeron en el polvo. Tampoco los dirigentes fueron claros con respecto a los temas más ardientes de la realidad argentina: desparecidos, autoamnistía, democracia sindical, responsabilidad militar en la “guerra sucia” y en la debacle de las Malvinas.

El peronismo confió excesivamente en la fuerza del pasado y la seguridad de la ortodoxia. Incluso se llegó a decir que Perón ganaría después de muerto, como el Cid. No hubo mensaje legible para los nuevos votantes, esos jóvenes

estremecidos por la represión y las insatisfacciones, que sólo conocían del peronismo la legitimidad de su doctrina y el recuerdo estimulante de luchas y reivindicaciones fundamentales: nada de esto podía encarnarse en la imagen de los que decían ser los continuadores de ese pasado glorioso.

Los descontentos con un mensaje doctrinario tibio, los temerosos de que una facción del peronismo pudiera repetir sus prácticas violentas y los que no encontraron cauce para sus críticas, sancionaron con el rechazo en las urnas. El peronismo no pudo contener a los disconformes y éstos, finalmente, decidieron castigar tan grave error de conducción **votando por Alfonsín pero sin asumir el proyecto radical**. Los que no apoyaron a Lúder pensaron que así se podría allanar el camino para las rectificaciones, purificar las estructuras y salvar al peronismo. También, y por sobre todas las demás consideraciones, votaron por la democracia como forma de accionar político.

EL DISCRETO ENCANTO DEL SINDICALISMO

Si un sector es más responsable que otros del fracaso peronista ése es el de la conducción sindical. Los caciques que permanecieron en la superestructura de los organismos obreros apostaron más al aparato que al mensaje. Se aprovecharon de los largos años de clausura, la falta de actividad gremial y la ausencia de democracia interna que los favorecía porque no había consulta a las bases, agitación ni militancia. Incluso algunos participaron activamente con los interventores militares de los sindicatos y hasta lucraron junto a ellos.

Cada vez más lejos de sus representados, los dirigentes confiaron en una inexistente vocación de obediencia sin discernimiento y en el mito de la indestructibilidad del peronismo. Olvidaron que el país se estaba descongelando y se acercaba el momento de rendir cuentas. La “patota” (los clásicos guardaespaldas y protectores) continuaron su política intimidatoria: en los sindicatos había muchas armas pero pocas ideas. Desde

(Sigue en la Pág. 26)

(Viene de la pág. 23)

las tribunas de la campaña electoral los sindicalistas volvían a usar el lenguaje de Savonarola para anatematizar contra desviados y subversivos como un eco del discurso de la dictadura.

Cada vez que se quemaban coronas con el nombre del candidato radical, se exhibían pistolas, se protegía a los corruptos, se pronosticaban purgas de disidentes, se omitían pronunciamientos claros sobre los desaparecidos y se golpeaba a las madres de Plaza de Mayo, miles de votos huían del peronismo. Al mismo tiempo se servían en bandeja los argumentos efectistas que necesitaba Alfonsín y que culminaron con la denuncia de un denigrante pacto militar-sindical para garantizar la impunidad del equipo castrense complicado en la represión.

¿DE DONDE SON LOS CANTANTES?

Alguien decía que no hay como la verdad para servir de introducción a la mentira. La verdad es que los radicales aprovecharon exitosamente la debilidad peronista; la mentira es que haya triunfado una verdadera propuesta de renovación y cambio apoyada popularmente. El dirigente radical no ganó en las urnas por el caudal natural de su partido (que en las elecciones anteriores de 1958, 1963 y las dos de 1973 no había superado el 30 por ciento) sino por los descontentos del peronismo y un pequeño aporte de la izquierda independiente.

La composición social del radicalismo —clase media baja y alta— involucra a dos segmentos disconformes con la dictadura en retirada y con la propuesta peronista. En la clase media alta se incubaba un alto grado de gorilismo y reacción que, no pudo canalizarse por el comportamiento militar que frustró sus expectativas de ascenso, al liquidar la pequeña y mediana industria y negarles participación en la gran torta de la especulación financiera reservada para la gran burguesía aliada a los intereses transnacionales.

La influencia de la clase media se refleja también en el resultado de las elecciones: Alfonsín ganó en las provincias más ricas mientras que los pobladores de las zonas pauperizadas mantuvieron el voto peronista. Es evidente que el radicalismo recogió buenos dividendos del debilitamiento del sector obrero, uno de los mayores y exitosos objetivos del plan militar. El proyecto de Martínez de Hoz —ministro de economía— fue el primer tramo de la dictadura— fue

destruir sistemáticamente las fuentes de trabajo, liquidando las concentraciones fabriles para propiciar la importación, provocando el desencuadramiento sindical y lanzando a una enorme población laboral a la marginalidad.

Que se sepa, muy pocos radicales conocieron los niveles de la miseria que sufrió la clase obrera peronista; situación que puede sintetizarse en el caso de ese trabajador que fue procesado por robar un dólar para dar de comer a sus hijos. La masa partidaria radical, de clase media exclusivamente, mantuvo un aceptable nivel de vida durante todo el trámite del proceso militar.

La historia pasada del radicalismo tampoco es muy limpia. Durante el gobierno de Hipólito Irigoyen —en el año 1918— tuvo lugar la “semana trágica”, brutal represión a trabajadores que luchaban por justas reivindicaciones. En 1946, cuando el lanzamiento del peronismo a la arena electoral, la UCR integró la Unión Democrática, conjunción de fuerzas reaccionarias dirigidas por el embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden. Uno de los ministros que integrarán el gabinete de Alfonsín, Alconada Aramburu, también lo fue de la dictadura militar que derrocó a Perón en 1955. El jefe civil de esa conspiración apoyada por el Departamento de Estado no fue otro que Miguel Ángel Zavala Ortiz, miembro prominente de la UCR, luego canciller y siempre furibundo anti-peronista. Este comportamiento colaboracionista fue reiterado en otras ocasiones, siempre con la excusa de la oposición al peronismo, ya que el radicalismo cobija a conspicuos enemigos del movimiento creado por Perón, a cuyos adherentes, uno de los líderes fundamentales del radicalismo histórico —Ernesto Sanmartino— definió como “el aluvión zoo-

lógico”.

El propio Alfonsín fue diputado elegido en 1963, en elecciones sin legitimidad ya que el peronismo estaba ilegalizado. Amantes de la democracia y respetuosos de la constitución, no vacilaron los radicales en aceptar esa bochornosa proscripción para poner en el gobierno al honrado pero ineficiente Arturo Illia. El radicalismo, al margen de sus aciertos y del mensaje oportuno que supo colocar, fue, después del gran capital financiero y las transnacionales, el mayor beneficiario de la dictadura, **pero ciertamente, lo fue en forma indirecta y sin consentirlo.**

Alfonsín ganó también en la prensa internacional. Las grandes centrales de la desinformación revivieron el anti-peronismo visceral de los años 40, presentando al prospecto radical como el salvador de la patria, a Perón como un dictador y a su movimiento como populismo, bonapartismo o cesarismo, ayudados en esta caracterización por la izquierda marxista, afecta, como siempre, a los esquemas y al dogmatismo.

El New York Times, a través de Catesby Leigh, su corresponsal en Buenos Aires, admitió el 2 de noviembre: “La memoria de Juan Domingo Perón, aparentemente, se desvaneció este lunes tras la fuerte paliza sufrida por sus partidarios”. Aquí, el Diario de Caracas, editorializó el 30 de octubre con virulencia: “La presencia del peronismo como factor decisivo en la escena política ha operado como un serio obstáculo para perfilar instituciones estables y democráticas”. El mesurado Uslar Pietri también salió al paso festejando en su columna del diario El Nacional que la Argentina hubiera salido de aquél “círculo de hierro que llevaba del peronismo a la dictadura militar y de la dictadura militar al peronismo sin otra posibilidad



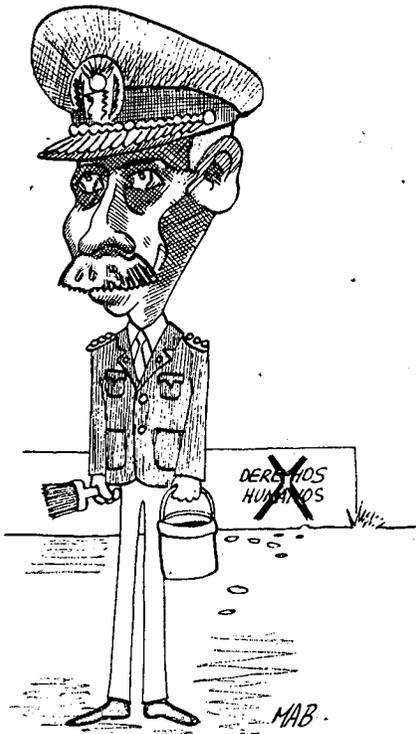
de orden político". Como se ve, sobran los análisis prejuiciados, la expresiones de deseo y una falta intencional de percepción para comprender la verdadera índole del antagonismo entre el peronismo y las dictaduras militares, que es consecuencia de dos proyectos políticos diferentes e irreconciliables. Por eso los pronunciamientos armados golpean siempre con inusitada intensidad al peronismo.

Es bien claro que el radicalismo apenas fue rozado por la represión si lo comparamos con el exterminio brutal practicado en las filas peronistas que incluye a la mayoría de los muertos y desaparecidos, exiliados y presos políticos. Entre estos últimos, los más importantes dirigentes políticos y sindicales del derrocado gobierno e incluso el presidente constitucional en ejercicio, Isabel de Perón. Lo que ocurre es que el radicalismo nunca fue visualizado por las dictaduras como un enemigo real, sino más bien como un antagonista moderado con puntos de fricción que no excluyeron, muchas veces, la colaboración y los acuerdos.

EL RETORNO DEL HIJO PRODIGO

Tampoco el radicalismo es visto con malos ojos por los Estados Unidos. El país del Norte espera recomponer las relaciones con Argentina, agrietadas después de las Malvinas, a través de la gestión radical, como una vuelta del hijo pródigo al occidente democrático. Sin embargo, el acercamiento no será con Reagan —repudiado unánimemente en América Latina por su escalada intervencionista— sino con sectores moderados que trabajan por un recambio democrático en las próximas elecciones.

Recientemente, en una entrevista para el New York Times, Alfonsín alabó a Carter por su política exterior, mientras que una influyente entidad de "lobby" del Congreso, la "Washington Office for Latin America" (WOLA) asistió a las elecciones para dar el okey de los moderados al radicalismo. Esta es también la tesis de Jacobo Timmerman, el discutido periodista argentino-israelí, que fue amigo de los militares que dieron el golpe en 1976 y luego su víctima. Ahora pontifica que los Estados Unidos deben socorrer a la Argentina como lo hace con sus aliados de Egipto e Israel, por la importancia que tiene el país sureño en el esquema geopolítico. En un editorial para el diario "El País", de Madrid, Timmerman dice que esa colaboración debe instrumentarse entre el gobierno democrático de Alfonsín y



el Congreso norteamericano.

Para los Estados Unidos es cada vez más imperioso eliminar la influencia soviética en el sur, sobre todo en el negocio de granos que involucra el 40 por ciento del comercio exterior argentino; también para frenar la venta de armamento a algunos países de la órbita soviética como los tanques TAM prometidos a Siria.

Como si esto fuera poco, los rusos quieren aportar su tecnología para la construcción del ambicioso proyecto hidroeléctrico del Paraná Medio, que permitiría la interconexión fluvial en Sudamérica.

En este delirio de la confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética no deja de tener significación el inesperado apoyo que el Partido Comunista otorgó al peronismo en las elecciones. Si el PC, que responde sumisamente a las directivas del Kremlin, votó por el peronismo, tal vez sea porque desconfiaba el apoyo de los norteamericanos para Alfonsín. **Y aunque Estados Unidos no sea el proyecto del radicalismo, el radicalismo bien puede ser el proyecto de Estados Unidos.**

Por ahora, las relaciones internacionales del radicalismo parecen extendidas preferentemente hacia Europa, donde esperan fortalecer los vínculos con la social-democracia, que puede abrirles las puertas de un fuerte apoyo para el nuevo gobierno. Uno de los más inquietantes consejos que los social-

demócratas habrían deslizado en los oídos radicales sería el de facilitar la dispersión del movimiento obrero permitiendo la creación de centrales que respondan a las líneas del sindicalismo europeo. La central única —la CGT— se vería jaqueada por la aparición de una central social-demócrata, luego una demócrata-cristiana y otra comunista; un viejo sueño de la partidocracia y la burguesía que siempre fue frustrado por la vocación unitaria del sindicalismo peronista.

CADA CUAL A SU JUEGO

Sin exagerar una orientación revolucionaria que el radicalismo no tiene, ni pronosticar la liquidación del peronismo por un traspie de sus dirigentes y los efectos concentrados de la represión militar y económica, es posible suponer un futuro solidario para estas dos grandes corrientes políticas argentinas.

El radicalismo necesita al peronismo ya que no posee mayoría en el Congreso ni controla el interior del país. Tampoco tiene influencia en el movimiento sindical, desde donde vendrán los más acuciantes y difíciles reclamos. Por su parte, para el peronismo es importante la gestión radical porque puede apresurar la reorganización interna, el acostumbramiento al funcionamiento democrático y, sobre todo, porque ayudará a zanjar la cuestión militar, el tema de los desaparecidos y la depuración en los sindicatos.

El poder debe ser compartido en un aceptable nivel de respeto a las individualidades ideológicas. El radicalismo puede significar, por su propuesta reformista, democrática y respetuosa de los derechos humanos, una transición factible hacia la democracia real, participativa, alumbrada por la justicia social y, que tenga como animador principal a la clase trabajadora. Ser la continuidad del interinato radical y completar la transición es el desafío histórico del peronismo.

